
¿Hacia una aceleración de la automatización y el “fin del trabajo”? Elementos para el debate

Esteban Mercatante

Comité de redacción de *Ideas de Izquierda* – PTS
estebanm1870@gmail.com

Fecha de recepción: 20 de marzo de 2022

Fecha de aprobación: 20 de mayo de 2022

Introducción

En las últimas décadas, en varias oportunidades se abordó la cuestión de las perspectivas laborales en términos de un “fin del trabajo” inminente. Desde André Gorz o Jeremy Rifkin, se trata de un debate que ganó ímpetu y suscitó polémicas.

En la actualidad, la cuestión retorna con fuerza por la confluencia de desarrollos tecnológicos que potenciaron las capacidades de la inteligencia artificial y plantean como perspectiva realista la posibilidad de avanzar en una extendida automatización de labores. Sin embargo, más allá del innegable impacto de estas nuevas tecnologías, el alcance que tendrán las transformaciones que traerán para el futuro del trabajo es materia de controversia.

Una primera polémica refiere a cuál es la profundidad que tendrá esta nueva oleada de innovaciones comparada históricamente con las revoluciones productivas que ya atravesó el capitalismo antes. “Tecno-optimistas” y “tecno-pesimistas” se oponen al evaluar si la anunciada “nueva revolución” está a la vuelta de la esquina, o si la velocidad de aplicación y el impacto resultan exagerados. Diferencias de igual alcance surgen al considerar si los puestos de trabajo que desaparezcan en algunas ramas de la economía serán sustituidos por nuevos empleos en otras esferas en cantidad y “calidad” suficiente, o si se destruirán puestos de trabajo en ritmo y escala.

La eventual automatización extendida que tendría lugar en un tiempo breve, amenazando buena parte de los puestos de trabajo que hoy existen, tiene exponentes en todo el espectro ideológico, lo que lleva a variadas propuestas. Tenemos quienes reafirman ante esta perspectiva la

necesidad de flexibilizar más las reglamentaciones laborales e impulsar la capacitación permanente para que la fuerza laboral se adapte a un entorno cambiante. También, quienes plantean la necesidad de una acción estatal decidida que implemente políticas redistributivas, en algunos casos aplique impuestos que moderen el ritmo de desarrollo de estas tecnologías. Y, finalmente, quienes plantean que esta automatización resulta incompatible con el capitalismo y por lo tanto su inminente aplicación acelera las transformaciones postcapitalistas. Transversalmente, aparece la noción de que una renta básica universal puede ser una respuesta adecuada a los desafíos que plantea la automatización.

El libro *La automatización y el futuro del trabajo*, de Aaron Benanav, se propone poner en discusión este denominado “discurso de la automatización” y mostrar que se apoya en presunciones sobre el impacto de las nuevas tecnologías en la productividad que no se condicen con lo que viene ocurriendo¹. A diferencia de lo que sucede con buena parte de la literatura, Benanav empieza por una radiografía de lo que viene aconteciendo con la productividad y el mercado laboral, como punto de partida necesario para discutir las perspectivas que se pueden abrir de acá en más.

Precisar el diagnóstico

El modo de producción capitalista funciona por necesidad introduciendo regularmente cambios en la técnica dirigidos a aumentar la productividad. La competencia entre capitales que, como observa Anwar Shaikh, es más comparable a una guerra que a la noción idílica de competencia perfecta que describe la economía neoclásica (ver Mercatante, 2021): es la fuerza impulsora de la introducción de mejoras productivas destinadas a alcanzar o mantener el liderazgo en cada rama, la búsqueda de ganar cuotas de mercado de unas firmas a costa de otras, etcétera. Sobre la base de esta determinación, la historia del capitalismo mostró períodos de incremento más acelerado de la productividad –las sucesivas “revoluciones tecnológicas” que tuvieron lugar desde finales del siglo XVIII hasta hoy– y otros de ralentización, pero raramente un período prolongado de freno con excepción de los momentos más severos de las grandes recesiones o depresiones económicas. El aumento de la productividad, que reduce el tiempo necesario para producir los bienes requeridos y encierra en potencia una posibilidad liberadora para

1- Un comentario más extenso sobre el trabajo de Benanav se puede encontrar en Mercatante, E. (28 de marzo de 2021). Automatización y “fin del trabajo”: el futuro ¿ya llegó? Ideas de Izquierda. <https://www.laizquierdadiario.com/Automatizacion-y-fin-del-trabajo-el-futuro-ya-llego>

la humanidad, es, en el capitalismo, una condición *sine qua non* por el reverso de esta posibilidad: al reducir el tiempo necesario para la producción de todos los bienes, aumenta para los capitalistas la apropiación de plusvalor, que es la única fuente de la ganancia.

La perspectiva de la automatización inminente identifica una aceleración de esta tendencia inmanente hacia la innovación y el aumento de la productividad –que siempre implica una disminución “relativa” de la fuerza de trabajo necesaria–, pero además se puede entender como un cambio cualitativo. “La automatización puede distinguirse de otras formas de innovación técnica que producen ahorro de mano de obra en que no solo aumenta las capacidades productivas humanas: las tecnologías de la automatización *sustituyen por completo* al trabajo humano” (Benanav, 2021, p. 31, destacado del autor). Pero la frontera entre tecnologías que potencian el trabajo humano y las que lo reemplazan de manera completa es más porosa de lo que podría suponerse. La discrepancia a la hora de catalogar si determinadas tecnologías conllevan o no automatización plena explica la amplia divergencia que se puede observar entre los distintos pronósticos sobre cuántos de los empleos actuales podrían peligrar en los próximos años.

Más allá de las dificultades para realizar esta distinción, hay algo que ambos tipos de tecnología tienen en común. La aceleración de la introducción de cualquiera de ellas debería reflejarse en un crecimiento más rápido de la productividad, ya que esta aumenta en ambos casos independientemente de lo que ocurra con los empleos existentes. Sin embargo, el crecimiento de la productividad se ubica en los últimos años en los niveles más bajos desde 1950 en todos los países desarrollados. Por eso, resulta difícil encontrar sustento para el planteo de una automatización generalizada inminente.

Producción, productividad y empleo

Aunque Benanav subraya la debilidad de los aumentos de la productividad, concede que estos son en parte responsables de la expulsión de fuerza de trabajo. Pero esto no se debe a que la primera se haya dinamizado, como afirma el discurso de la automatización, sino a que la producción agregada crece muy lentamente.

El aumento de la producción impulsa la demanda de fuerza de trabajo, mientras que el aumento de la productividad opera en sentido inverso. Por la conjugación de estas dos tendencias contrarias bien puede ocurrir que aumente la producción, pero la demanda de empleo no aumente –o incluso caiga–. Benanav ofrece un ejemplo en el sector automotriz: “añadir nuevas máquinas a una cadena de montaje de automóviles puede hacer que los trabajadores de esa cadena sean más productivos sin abolir el trabajo

en cadena como tal. Sin embargo, se necesitan menos trabajadores para producir una cantidad determinada de automóviles” (Benanav, 2021, p. 31). Lo que determina qué ocurre con el empleo cuando tienen lugar modificaciones productivas de este tipo en toda la economía es en qué medida esta “disminución relativa” es compensada por el aumento general de la inversión productiva –tanto en capital constante como variable– destinada a aumentar el volumen de producción. Si tal cambio técnico da como resultado una destrucción de empleos depende “de las velocidades relativas de la productividad y del crecimiento de la producción en la industria automotriz: si la producción crece más lentamente que la productividad laboral [...] entonces el número de empleos disminuirá” (Benanav, 2021, p. 31).

Es decir que una caída en la demanda de empleo puede estar respondiendo a causas diferentes: a un deterioro de la producción, que cae (en momentos de recesión) o crece muy lento; o puede ser causada por una aceleración en el incremento de la productividad que sobrepase al aumento de la producción, haciendo que esta se pueda llevar a cabo con una dotación igual o menor de la fuerza laboral. El discurso de la automatización supone que está ocurriendo el segundo caso. Benanav demuestra que, por el contrario, es la debilidad del incremento de la producción la que lleva a que un moderado aumento de la productividad impacte negativamente en la demanda laboral.

Una economía sin motores que sustituyan a la manufactura

La tesis principal que sostiene Benanav es que la falta de dinamismo que viene mostrando la economía capitalista en las últimas décadas se debe a que la pérdida de peso de la industria en la economía y en el empleo no fue sustituida por ningún motor de dinamismo equivalente. Los servicios ganaron peso como demandantes de empleo, pero no exhiben –ni pueden hacerlo, según Benanav– un potencial de aumento de la productividad como el que supo tener la manufactura. En los países más desarrollados, ya sea EE. UU., Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña o Italia, la reducción del empleo no es solo proporcional, sino en términos absolutos.

La producción industrial crece débilmente, la productividad lo hace un poco más rápido y el resultado es una reducción de la demanda de empleo. Lo que el discurso de la automatización interpreta como un resultado de la aceleración del segundo término es, en realidad, resultado de ralentización del primero.

La explicación del autor para esta tendencia global a la ralentización de la producción industrial apunta a la existencia de una cada vez más marcada sobrecapacidad en los mercados para productos manufactureros. Siguiendo el planteo original de Brenner (2009), Benanav señala que la

manufactura global está aquejada de una sobrecapacidad crónica ya desde la década de 1960, cuando Japón y Alemania empezaron a aparecer como competidores de EE. UU. Esto se agravó con el desarrollo de los llamados “tigres” del Sudeste Asiático que, a diferencia de otros países dependientes industrializados como los de América Latina, desarrollaron una manufactura orientada a la exportación, agravando así esta sobrecapacidad global. Cuando el éxito de Corea y los demás países se transformó en “modelo” a ser imitado por el resto del mundo, aumentó todavía más el exceso de capacidad productiva global y fue cada vez más difícil para estos países repetir los resultados de los primeros. La relocalización de producción protagonizada por las multinacionales de los países imperialistas fue una respuesta a la competencia intensificada y la emergencia de la sobrecapacidad, que a la larga terminaría por agravarla.

El problema con esta desindustrialización, apunta Benanav (2021, p. 72), es que no apareció “en escena ningún otro sector que reemplazara a la industria como principal motor del crecimiento económico. En cambio, “la ralentización de las tasas de crecimiento de la producción manufacturera vino acompañada por una ralentización de las tasas globales de crecimiento del PIB” (Benanav, 2021, p. 72). Según Benanav (2021, p. 88), este retroceso de la industria no responde a ninguna determinación vinculada a la existencia de límites de la frontera tecnológica de desarrollo: “es más probable que las bajas tasas de crecimiento de la productividad industrial sean el resultado de un ritmo más lento de expansión industrial, en vez de a la inversa”. En principio, no hay ningún límite prefijado de lo que puede abarcar el sector industrial: “la industria está formada por todas las actividades económicas que se pueden realizar mediante un proceso industrial y, con el tiempo, cada vez más actividades se realizan de ese modo” (Benanav, 2021, p. 79). Una de las formas que adquirió la industrialización de los servicios fue la transformación de los mismos en electrodomésticos para uso casero. De esto se desprende que los servicios, ese sector que emplea una proporción cada vez mayor de la fuerza laboral, engloba a todos aquellos sectores que el capital no ha industrializado. Esta industrialización no tiene lugar, reafirma Benanav, por la sobrecapacidad global que determina la debilidad de la acumulación de capital.

Benanav (2021, p. 51) concluye que observamos en estas décadas lo contrario a lo que ocurrió durante los períodos de desarrollo capitalista más vigoroso: “En vez de la reasignación de los trabajadores desde empleos poco productivos a empleos de elevada productividad, se produce el proceso inverso y los trabajadores se acumulan en empleos poco productivos, la mayoría en el sector servicios”. Este planteo se apoya en un estudio clásico

del economista William Baumol, quien sostenía que el sector de servicios estaba aquejado por la “enfermedad de costos”. Lo que afirmaban Baumol, Blackman y Wolff (1985) es que, a diferencia de la industria, los servicios encuentran trabas para desarrollar economías de escala e implementar mejoras de procesos que redunden en fuertes aumentos de la productividad; se trata de un sector relativamente “estancado”. Mientras los bienes manufactureros tienden a abarataarse como resultado de incrementos de productividad, esto no ocurre (o lo hace en menor medida) en el sector servicios. El precio de estos últimos entonces tiende a aumentar en relación a los bienes industriales, y la única forma de contrarrestarlo es disminuyendo salarios, o ajustar su crecimiento por detrás de los magros aumentos en su productividad. Benanav concluye que existe un vínculo claro entre la expansión global de este sector económico y el estancamiento cada vez mayor de la economía mundial.

Un aspecto que resalta *La automatización y el futuro del trabajo* es que la débil demanda de empleo determinada por el bajo crecimiento de la producción, acompañado de aumentos limitados de la productividad, se viene traduciendo no en un aumento marcado del desempleo, sino en condiciones de empleo crecientemente deterioradas para sectores de la fuerza laboral. Trabajar menos horas de las deseadas, o en condiciones peores a las consideradas normales, se ha vuelto la norma para franjas cada vez más extendidas de la población trabajadora: “nos dirigimos hacia un ‘futuro con menos empleos buenos’ en vez de hacia un futuro ‘sin empleos’” (Benanay, 2021, p. 103).

Contrapuntos

La automatización y el futuro del trabajo trae al debate una serie de coordenadas que suelen ser olvidadas cuando se cae en la perspectiva de un “fin del trabajo” inminente. Sin embargo, el autor se desliza por momentos hacia una perspectiva estancacionista bastante lineal, objeción que señala Moody (6 de febrero de 2020). De acuerdo con este autor, “las causas de la pérdida de empleos en la industria manufacturera se despliegan en su narrativa como simplemente una desaceleración a largo plazo del crecimiento” (la traducción es propia, EM). Esto “oscurece el papel de las crisis y la productividad en la destrucción de empleos”. La caída de empleos industriales no se presenta como una línea recta descendente debido al exceso de capacidad industrial. Más bien, “se ha desarrollado de forma violenta, ante todo en las cuatro principales recesiones de la era neoliberal”. La productividad tampoco es una variable estacionaria, sino que oscila de acuerdo con las turbulencias de la economía, con consecuencias

para la posible recuperación de los puestos de trabajo perdidos en las recesiones. En consecuencia, la contracción del empleo se basa no solo en la desaceleración de la producción manufacturera o de la economía en general, sino en el doble golpe de las recesiones y la productividad.

El segundo problema que encuentra Moody "es la caracterización de la principal consecuencia de la desaceleración del crecimiento del empleo como 'subempleo' y 'trabajo inseguro' principalmente en el sector de producción de servicios de las economías desarrolladas". En primer lugar, Moody advierte que habría que debatir si hay que cambiar el énfasis del desempleo hacia el subempleo cuando, en promedio, el 30% de los desempleados en los países de la OCDE y más del 40% en la Unión Europea "estuvieron desempleados durante un año o más a partir de 2019, después de una década de recuperación y antes del regreso del desempleo masivo en 2020". Es decir, que entre las formas de degradación hoy, el desempleo juega un lugar mayor al que le concedido por Benanav. Moody considera poco fundamentada la homologación de "trabajo no estándar" con subempleo o empleo precario apuntada por Benanav, y ofrece una detallada interpretación alternativa de las estadísticas. En última instancia, su crítica se enfoca en señalar que tanto el desempleo como el subempleo están determinados por el ciclo económico. Para Moody tampoco hay trabas especiales que impidan la organización sindical, aun en ocupaciones no tradicionales ni sectores especiales. Allí, al igual que en la industria, las condiciones van a depender de lo que el capital pueda imponer y de lo que la clase trabajadora pueda resistir.

Creemos que las advertencias de Moody son correctas, al polemizar con la visión de la degradación laboral como una tendencia secular lineal. Al mismo tiempo, su énfasis en que se trata de fenómenos intrínsecos del funcionamiento del capitalismo puede llevar a minimizar la importancia de considerar cómo la debilidad que viene mostrando la acumulación de capital en los países imperialistas plantea problemas nuevos para las condiciones de la clase trabajadora, que dejan lastres duraderos más allá de las crisis.

Las objeciones planteadas exigen ponernos en guardia contra el riesgo de una extrapolación lineal. Pero no invalidan las agudas críticas que levanta Benanav respecto del discurso de la automatización, que deben ser retomadas dentro de un panorama que comprenda que las tendencias y perspectivas son más complejas y contradictorias.

Del "fin del trabajo" a la emancipación del trabajo

En los capítulos finales, Benanav debate con las alternativas que se postulan para responder a esta problemática. Como el discurso de la automatización

tiene exponentes en todo el espectro ideológico, las “soluciones” van desde las propuestas de neoliberalismo recargado hasta los planteos post o anticapitalistas, pasando por toda una gradación de planteos de reforma y regulación para mitigar los impactos en el trabajo.

Benanav presenta una perspectiva liberada de fantasías tecnocráticas. Partiendo de las posibilidades y contradicciones que caracterizan al desarrollo de la técnica bajo el capitalismo, esboza lineamientos de un mundo posible en el cual, si bien no necesariamente primará la automatización, se pueda aliviar sensiblemente la carga del trabajo aprovechando la tecnología disponible, al tiempo que se distribuyan equitativamente los trabajos que siga siendo necesario hacer. De esta forma, se daría lugar a que todas y todos puedan llevar a cabo las actividades que efectivamente deseen hacer.

Pone el eje en la necesidad de que la clase trabajadora sea capaz de construir las alianzas sociales que le permitan ganar ascendente sobre el resto para pelear por terminar con ese sistema y concretar un futuro alternativo a la distopía capitalista. La clave no se encuentra en el mero cambio técnico, sino en “conquistar la producción”, es decir, en “la abolición de la propiedad privada y del intercambio monetario en favor de la cooperación planificada”. Retomando a Marx y a Engels, abrevando en autores utópicos de los siglos XIX y XX, así como en algunas de las mejores intuiciones de los autores postcapitalistas, *La automatización y el futuro del trabajo* traza un breve esquema de las vigas maestras por las que podría transitar el pasaje del reino de la necesidad al de la libertad. Lo que debilita el planteo de Benanav es considerar la experiencia de la URSS como transición al socialismo –trunca por la burocratización stalinista que creó las condiciones para la restauración capitalista– como un lastre y no como una de la que pueda aprenderse, considerando que la planificación centralizada y la burocracia stalinista son sinónimos. Comparte en esta cuestión el punto de vista de muchos postcapitalistas. Esto lo lleva a desechar muchas de las lecciones de construcción de la sociedad de transición durante los primeros años de la revolución, y de la posterior lucha contra la burocratización y la contrarrevolución stalinista iniciada por la Oposición de Izquierda, que constituyen lecciones claves en las peleas por construir una sociedad sin explotadores ni explotados. Elaboraciones como *La revolución traicionada*, de León Trotsky, condensan una reflexión estratégica que atañe a problemas que enfrentará cualquier revolución triunfante que expulse a la burguesía e inicie la transición al socialismo.

Es un mérito de Benanav apuntar a la necesidad de una transformación del conjunto de las relaciones de producción. Como advierte en la conclusión, “Sin una lucha social de masas dirigida a construir un mundo más allá de

la escasez, los visionarios del capitalismo tardío quedarán como simples místicos tecnoutópicos” (Benanav, 2021, p. 193). Una transformación como la que plantea el libro requiere disputar el comando de la producción que hoy está en manos de los capitalistas. Esto es algo que solo puede llevar a cabo la clase obrera en alianza con todos los sectores explotados y oprimidos, condición fundamental para que los desarrollos de la técnica y la automatización puedan dejar de ser la base para la amenaza ominosa de un “fin del trabajo” y convertirse en vehículos para liberarnos de la carga del trabajo, de la mano de una socialización plena de los beneficios que surgen de este aumento de las fuerzas productivas sociales. Por ello, una de las deudas del texto es no indagar en profundidad sobre los problemas estratégicos y programáticos de primer orden que deben ser abordados para poder pelear por la articulación de las alianzas de clase que puedan ponerse a la cabeza de encabezar semejante lucha.

Referencias bibliográficas

Baumol, W. J., Blackman, S. A. B., y Wolff, E. N. (1985). Unbalanced growth revisited: Asymptotic stagnancy and new evidence. *American Economic Review*, 75(4), 806-817.

Benanav, A. (2021). *La automatización y el futuro del trabajo*. Traficantes de sueños. <https://traficantes.net/libros/la-automatizaci%C3%B3n-y-el-futuro-del-trabajo>

Brenner, R. (2009). *La economía de la turbulencia global. Las economías capitalistas avanzadas de la larga expansión al largo declive, 1945-2005*. Madrid.

Mercatante, E. (2021). El capitalismo está afligido por la deuda. Entrevista a Anwar Shaikh. *Ideas de Izquierda*. <https://www.izquierdadiario.com/El-capitalismo-esta-afligido-por-la-deuda>

Moody, K. (6 de febrero de 2020). Capitalism Was Always Like This. *Jacobin*. <https://jacobinmag.com/2020/06/moody-benanav-automation-capitalism-employment> Consultado 02/10/2021

Trotsky, L. (1937). *La revolución traicionada*. Marxists Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1936/rt/index.htm>